

El ojo del huracán: masculinidad hegemónica y violencia en *Temporada de huracanes*

Luisa Margarita Hernández Cabrera
Universidad de Guanajuato
luisa21hc@gmail.com

Resumen

El presente estudio analiza *Temporada de Huracanes* de Fernanda Melchor, teniendo como eje central la relación entre violencia, masculinidad hegemónica y marginalidad. A partir de los conceptos de capitalismo gore y sujetos endriagos de Sayak Valencia, se indaga en el uso de la violencia como medio para reafirmar el poder y la masculinidad, principalmente por hombres marginalizados. La novela evidencia cómo la desigualdad estructural, la pobreza y el machismo perpetúan la opresión y el necropoder que sostienen este sistema, subrayando la urgencia de repensar las masculinidades y su relación inherente con la violencia en la sociedad mexicana contemporánea.

Palabras clave

Masculinidad hegemónica, violencia, capitalismo gore, sujetos endriagos, necropoder.

Durante los últimos años, la violencia ha sido una de las preocupaciones más insistentes en distintos ámbitos por su constante presencia en nuestra cotidianidad. En la reciente producción literaria mexicana y latinoamericana, se observa un claro interés respecto a este tema, principalmente en las violencias que suelen situarse comúnmente en estos territorios, como lo son la violencia asociada al narcotráfico, la de género y la de clase.

Tal es el caso de *Temporada de huracanes*, la segunda novela de la escritora veracruzana Fernanda Melchor publicada en 2017 por la editorial Penguin Random House. La obra fue un éxito comercial que llevó a consolidar a Melchor como una de las escritoras mexicanas actuales más sobresalientes. La novela fue traducida a diferentes lenguas, entre ellas el inglés y el alemán; siendo esta última la que la hizo acreedora al Premio Internacional de Literatura en 2019. A raíz del éxito, en 2023 se estrenó su adaptación cinematográfica bajo la dirección de Elisa Miller.

Esta novela y su reciente adaptación al cine han captado la atención del público por la manera en que la mirada periodística de Melchor, a través de su prosa, invita a ver de una forma peculiarmente cruda la realidad mexicana que vivimos día con día, la realidad inspirada en aquella nota roja de la cual parte la escritora para adentrarnos en un pueblo donde la violencia es el aire que se respira en cada rincón.

Para hablar de la violencia presente en *Temporada de huracanes*, tenemos que situarnos en el lugar donde ocurre la historia: La Matosa, un pueblo ficticio inspirado en el lugar de origen de la autora. Gracias a la polifonía de voces es posible identificar que se trata de un pueblo dominado por la violencia, o con mayor precisión, las violencias derivadas de un sistema capitalista y heteropatriarcal que operan en conjunto para configurar el escenario de terror con el que abre la novela: el cuerpo de la Bruja flotando en el río.

En el presente estudio, me centraré en este suceso y en el cuerpo de la Bruja con el fin de analizar de qué manera este acontecimiento es determinante para entender el origen de la violencia que opera en La Matosa. Partimos, entonces, de la identificación de dos tipos principales de violencia que dan lugar a este hecho:

la violencia de clase y la violencia de género. Ambos tipos de violencia tienen una estrecha relación y funcionan de manera conjunta para que ocurra el asesinato de la Bruja y el señalamiento de los sospechosos.

Dentro de este marco, resulta fundamental preguntarse cuál es el origen del asesinato de la Bruja, más allá del hecho mismo. Para comprender esta cuestión, es necesario situar la violencia en un contexto de un sistema capitalista y patriarcal que no solo reproduce relaciones de dominación, sino que también genera las condiciones estructurales necesarias para que hechos de esta naturaleza ocurran.

La marginación social como producto del capitalismo gore y la necropolítica

Una de las problemáticas centrales que afecta al pueblo es la pobreza y la marginación social derivada de ella, provocada, principalmente, por tratarse de un pueblo periférico y por la explotación de los recursos naturales de su territorio. Los habitantes de La Matosa se encuentran en una situación económica desfavorecida, condicionada por el contexto en el que se desarrolla la historia.

De acuerdo con el término propuesto por la teórica mexicana Sayak Valencia, entendemos el capitalismo gore como el:

[...] derramamiento de sangre explícito e injustificado (como precio a pagar por el Tercer Mundo que se aferra a seguir las lógicas del capitalismo, cada vez más exigentes), al altísimo porcentaje de vísceras y desmembramientos, frecuentemente mezclados con el crimen organizado, el género y los usos predatorios de los cuerpos, todo esto por medio de la violencia más explícita como herramienta de *necroempoderamiento* (15).

Tomando en cuenta el contexto y la alta violencia que permea toda la historia, podemos hablar, entonces, de un capitalismo gore presente en la novela. La vida del pueblo se ve afectada por el capitalismo voraz que llega con la industria petrolera, o incluso el narco, transformando las relaciones de poder y las vidas de los habitantes de La Matosa.

Desde el inicio, la historia da cuenta de la violencia presente en el pueblo con la imagen del cadáver de la Bruja en el río. No se trata solo de una muerte, sino del resultado del necropoder ejercido por los asesinos de la Bruja. Este concepto, derivado de la necropolítica, ha sido desarrollado por el historiador Achille Mbembe, quien lo define como una forma de soberanía política o poder que “[...] reside, en gran medida, en el poder y la capacidad de dictar quién merece vivir y quién debe morir. Por consiguiente, matar o permitir la vida constituyen los límites de la soberanía como sus principales atributos” (Valencia 142).

Así mismo, en el contexto de los países latinoamericanos, donde existe una notable desigualdad en un “mundo de muerte”, se desarrolla una suerte de lucha por la supervivencia del más fuerte, donde subjetividades precarizadas y marginalizadas deben resistir a través de la violencia. En este escenario, el poder de decidir quién debe morir y qué cuerpos no importan se convierte en un mecanismo de control que sostiene las estructuras de dominación. Para comprender mejor esta lógica, resulta necesario introducir el concepto de *sujetos endriagos*.

Sujetos endriagos: las armas de la necropolítica

Desde la lectura de necropolítica que nos propone Sayak Valencia, existe un elemento clave dentro del entramado del capitalismo gore: los denominados sujetos endriagos. Estos surgen de la relación entre pobreza y violencia, ya que, en palabras de Valencia:

[...] todos aquellos sujetos marginados, y no marginados, que se ven afectados por las demandas del hiperconsumo tienen la posibilidad de devenir endriagos, ya que para los endriagos su representatividad se basa en el poder adquisitivo y en la reconfiguración del concepto de resistencia por medio de acciones distópicas; así el endriago busca perfilarse desde una tangente que históricamente había sido confinada a lo vedado: el crimen (88-89).

Se entiende, por tanto, que se trata de sujetos que debido a las condiciones geopolíticas, sociales y económicas en las que se desenvuelven, tienen una alta

probabilidad de recurrir al crimen y a la violencia en búsqueda de poder adquisitivo. Asimismo, Valencia identifica una relación entre masculinidad y violencia, la cual motiva a dichos sujetos endriagos al uso de ella como medio de obtención de poder.

En la novela, se puede identificar como sujetos endriagos, sobre todo, a Luismi y Brando, individuos marginalizados que juegan bajo las reglas de este sistema para sobrevivir en La Matosa. Ambos personajes se desenvuelven en un contexto precario sin oportunidades, lo que los lleva a incurrir en la delincuencia con tal de obtener capital económico que les permita comprar droga, buscando sobrellevar su realidad, o bien, para satisfacer la necesidad de consumo, propio del capitalismo gore, que reafirme su identidad:

Por un lado, los jóvenes de los barrios periféricos de las grandes ciudades asimilan masivamente las normas y los valores consumistas. Por el otro, la vida precaria y la pobreza les impiden participar plenamente en las actividades de consumo y en las diversiones comerciales. De esta contradicción surge con fuerza un chorro de sentimientos de frustración y de exclusión, al mismo tiempo que comportamientos de tipo delictivo (Lipovetsky citado en Valencia 92).

En este sentido, es posible comprender cómo se movían los personajes para conseguir dinero y, así, satisfacer su necesidad de consumo, incluso si estos medios eran ilícitos. Por un lado, Luismi sobrevivía gracias al sustento de su madre y el dinero que le daba la Bruja; por otro, Brando recurría al robo, incluso a su propio amigo, tal como lo hace por su deseo de tener unos tenis *adidas* y no “zapatos de pobre” (Melchor 159). De esta manera, el valor de ese objeto, aunque efímero, representa para él una transformación simbólica de su identidad, otorgándole cierta posición y, por ende, poder. Tal lógica responde al capitalismo gore descrito por Sayak Valencia, en el cual, el consumo se convierte en un mecanismo de legitimación social, ya que, tal como se observa en el ejemplo anterior, poseer ciertos bienes implica un estatus, haciendo posible la supervivencia dentro de este entorno marcado por la precariedad y la exclusión.

En el caso de Brando, el robo no sería la única actividad delictiva que haría por obtener dinero, ya que la búsqueda de poder económico es lo que finalmente lo lleva a asesinar a la Bruja. El plan inicial consistía en buscar aquel tesoro que tanto se rumoraba en el pueblo y poder huir a Cancún con Luismi para comenzar una vida nueva. La esperanza alentadora de dejar su realidad precaria hacía que no le importara el medio por el cual tuviera que conseguir el dinero, incluso si para ello debía matar a la Bruja: “noche y día pensaba en cómo matarían a la Bruja, en cómo huirían con el dinero, en lo que harían para poder cambiar aquellas monedas de oro sin levantar sospechas” (198).

De esta manera, Brando era plenamente consciente de que, para obtener el dinero, tenía que recurrir a la violencia que él podía ejercer; acceder a ese poder que, a pesar de su condición desfavorecida, mantenía por el hecho de ser hombre. En este punto, Valencia señala que para los sujetos endriagos la violencia se percibe “como una herramienta de autoafirmación personal, al mismo tiempo que como un modo de subsistencia” (91). Así, la violencia resulta la única posibilidad de revertir, aunque sea parcialmente, las opresiones que atraviesan a estos sujetos. En consecuencia, se convierten simultáneamente en víctimas y victimarios, pues el sistema los utiliza para ejecutar los preceptos de la necropolítica, de tal forma que, al buscar culpables, no se identifique al sistema o al Estado como responsables, sino a lo que Sayak Valencia denomina como la clase criminal.

Cuerpo femenino/feminizado disidente como inferior

Habiendo reconocido, entonces, a los sujetos endriagos como aquellos que recurren a la violencia para reafirmar su poder en un contexto en el que únicamente el ejercicio de esta y la masculinidad los hacen acreedores al necropoder, son estos sujetos “más fuertes” quienes pueden decidir quién debe morir. Los cuerpos considerados desechables se reducen a mercancía o a un medio para obtener remuneración económica, sea por medio del secuestro, de la tortura o del asesinato; dichos cuerpos son precisamente inferiores debido a una cuestión de género.

En este punto, es pertinente recurrir a reflexiones de los feminismos que permitan comprender cómo la violencia tiene una profunda raíz en lo que Valencia nombra *masculinidad marginalizada*, característica de los hombres de clase social baja. Según Valencia, dicha masculinidad “se basa en la obediencia a la masculinidad hegemónica, capitalista y heteropatriarcal, con la cual pretende legitimarse y alcanzar el peldaño de lo hegemonal y entienden la disidencia de manera distópica y violenta” (173). De esta manera, todos los cuerpos que estén fuera del orden heteropatriarcal, es decir, los cuerpos femeninos/feminizados o disidentes, son los que se convierten en víctimas de la violencia. Basta identificar quienes son las víctimas más frecuentes de crímenes como los feminicidios, transfeminicidios, secuestros, violaciones sexuales, entre otros.

Si bien es posible reconocer en *Temporada de huracanes* a sujetos como Luismi y Brando como víctimas de violencia debido a su marginalidad, las formas más extremas de violencia, ejercidas principalmente por hombres, las padecen las mujeres o cuerpos feminizados. Se pueden observar algunos ejemplos de esta violencia en los siguientes casos: en el origen de la Bruja, producto de la violación de la Bruja grande; en la violación de Norma y la criminalización de su aborto; o en el mismo asesinato de la Bruja chica.

De acuerdo con la antropóloga Rita Segato, “toda violación, no es una anomalía de un sujeto solitario, es un mensaje de poder y apropiación pronunciado en sociedad” (56). De esta manera, distintos sujetos masculinos de La Matosa ejercen violencia sobre mujeres y cuerpos feminizados como el de la Bruja, con objeto de reafirmar su poder.

Masculinidad hegemónica y violencia

Como se ha podido observar, parece que existe una necesidad constante de reafirmar su poder mediante la violencia y con ello la identidad masculina, pues a lo largo de la historia se ha socializado a los hombres como agentes de violencia, superiores a cuerpos femeninos. Esta problemática entre la relación violencia-masculinidad también se hace presente en la novela, tanto en los actos violentos que cometen contra mujeres y disidencias, como en el conflicto

que experimentan estos dos personajes masculinos con su sexualidad.

Es preciso recordar que, además de las violencias que atraviesan a estos sujetos, se les nombra constantemente con insultos como “mayates” o “maricones” debido a la forma en la que viven su sexualidad. Es sabido por el pueblo que ambos asisten a las fiestas de la Bruja, un espacio que, a veces, se conoce como un lugar de perversión al que acuden principalmente chicos homosexuales o distintas disidencias de género. Pertenecer a esta disidencia sexual incumple la masculinidad hegemónica, lo que sitúa a Brando y Luismi en un estado de vulnerabilidad, amenazados con la pérdida del poder que implícitamente poseen por haber nacido hombres. Así, expuestos a la violencia ejercida por otros sujetos masculinos hegemónicos, la única manera de resistir y recuperar su posición es mediante la violencia.

De esta manera, tanto Luismi como Brando, que tienen sexo con otros hombres, nunca se asumen como homosexuales. Tal es el caso de Luismi, que tiene una relación con Norma, y el caso de Brando, que pese a haber mantenido relaciones sexuales con Luismi parece estar enojado al punto de querer matarlo para que nadie se entere de ello, y se refiere a él y a otros homosexuales del pueblo con odio:

que si de algo sentía remordimientos era de no haber tenido los huevos para matarlos a todos, al pendejo de Luismi y de paso al cojo de mierda hocicón del Munra y largarse a la chingada de ese pueblo apestoso, lleno de chotos; deberían agarrarlos a todos y ponerlos juntos y quemarlos, les dijo a los policías, quemar a todos los putos maricones del pueblo (Melchor 158).

Masculinidad como perpetradora de violencia

Finalmente, tras haber explorado las distintas violencias y categorías de opresión que vuelven víctimas y victimarios a estos personajes de la novela, es posible reconocer la evidente búsqueda de poder que se manifiesta a través del asesinato o violación de cuerpos que, bajo la lógica patriarcal y capitalista, son inferior-

res y sirven para seguir alimentando el sistema mediante el terror y la afirmación de posiciones de poder.

Es posible identificar que el origen de la violencia que envuelve a La Matosa, la cual conduce al asesinato de la Bruja, radica en la desigualdad y en la marginalización del pueblo, factores que acercan a estos sujetos al crimen. Aunado a esto, dicha violencia tiene raíz en el género, en la necesidad de afirmación constante de la masculinidad y del poder por parte de hombres que no encajan plenamente en la masculinidad hegemónica. Como consecuencia, a fin de no convertirse en víctimas, tratan de recuperar su posición volviéndose violentadores de otros cuerpos.

Valencia destaca la importancia de buscar una masculinidad que se sitúe fuera de la lógica heteropatriarcal y, a su vez, de la violencia: “Encontramos sumamente importante, como estrategia, el hecho de que los hombres al deconstruirse y reinventarse busquen espacios para sí fuera de los límites fijados por lo heteropatriarcal y la violencia como herramienta de autoafirmación viril” (185). Resulta evidente que no es posible una verdadera resistencia que implique continuar por el camino de la violencia y la obediencia a esa masculinidad hegemónica. Este ciclo solo puede interrumpirse con la búsqueda de nuevas formas de existir y resistir para cada una de las subjetividades.

En la novela, Fernanda Melchor deja ver la forma en que operan estas dinámicas, y cómo afectan a los individuos, sus relaciones y al pueblo mismo. Recupera la importancia del cuerpo no como una cifra más de la nota roja, sino como una representación de la cúspide de la violencia que se construye a través de este sistema, destacando la necesidad de cuestionar las masculinidades y su papel en la violencia como la conocemos hoy en día.

Referencias

- Melchor, Fernanda. *Temporada de huracanes*. México: Penguin Random House, 2022.
- Segato, Rita. *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. México: Tinta limón, 2013.
- Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. España: Medusina, 2010.